

F
1681
IE



Gérmenes malditos.

Miguel de Zárraga.

THE SOUTH BRITISH

11176

IE

Sig.: F 1681 IE

Tít.: Gérmes malditos

Aut.: Zárraga, Miguel de

Cód.: 51079466



R. 41379

Miguel de Zárrega.

Gérmenes malditos.



SEGOVIA:

Imp. de «El Adelantado.»

1903.

Sr. D. Manuel Troyano.

Amigo y maestro:

Permita que quien le quiere y admira estampe al frente de su libro un nombre: el de usted: el que, honrándose, honra á nuestra Patria con pluma prodigiosa que en laurel esmaltó páginas inolvidables. Será pobre mi homenaje; pero doy todo lo que tengo, y lo doy de corazón.

Mis GÉRMENES MALDITOS son no más que un boceto de algo que pensé escribir, y por falta de fuerzas abortó en mi mente. Eran el grito de un alma que protesta incansable contra mundanos convencionalismos, irritantes, por su quietud, en el correr de la vida...

Nosotros, la gente joven ansiosa de luchar, nos estrellamos contra las murallas de la indiferencia, si no del desprecio, cuando pretendemos llevar al Teatro nuestras producciones; y más aún si en ellas se refleja algo sincero é inspirado en Ibsen, Bjærnson, Sunderman, y tantos otros pensadores que allá, tras los Pirineos, levantan el pendón de la Verdad y le ondean sobre los templos del Arte.

En España, los nuestros, Galdós, Dicenta y Benavente (que sólo ellos quisieron aparecer sinceros) se encuentran cohibidos ante un público cegado aún por el glorioso Echegaray con su cortejo de falsos efectistas; cohibidos, sí, que apenas supieron lograr triunfos de oropel como en «Electra» y «Aurora», ó fracasos tan lamentables como el de «Sacrificios».

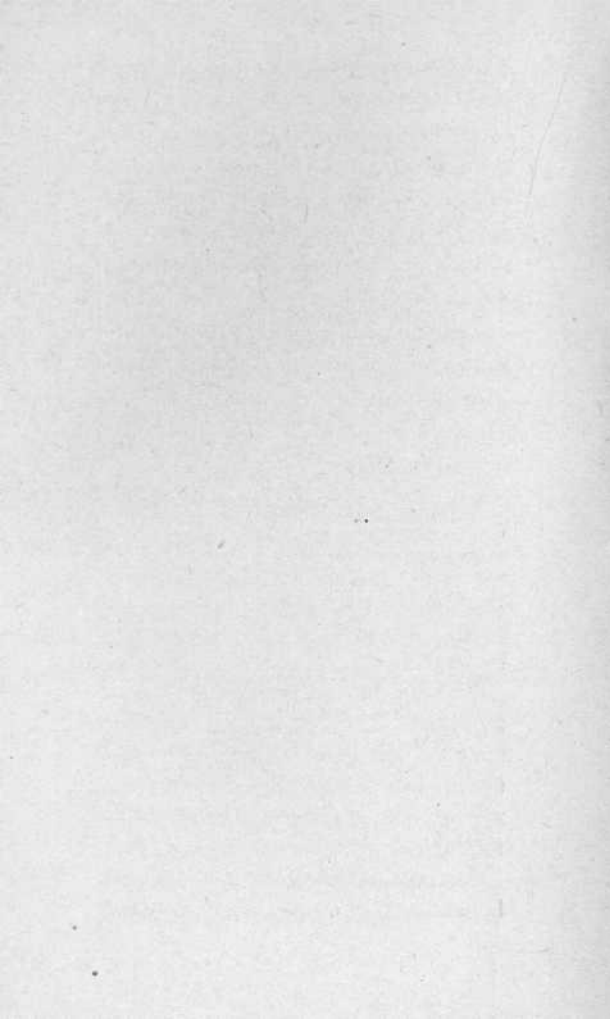
Por culpa de nuestro público, sin educar aún, esperan vacilantes... ¿Cómo podría consentirse en Espa-

ña la representación de «El Rey» de Bjørnstjerne Bjørnson? Por eso hemos de buscar el libro, si queremos respirar el humano ambiente en que ha vivido la futura dramática; por eso hubimos de sufrir en silencio nuestro forzoso alejamiento de la escena madrileña, contentándonos con el Teatro provinciano, donde el aplauso de los amigos nos alienta, consuela, y enorgullece.

Maestro, perdón... y siempre suyo
le admira

Miguel de Zárraga.

Noviembre de 1903.





Gérmenes malditos.

PERSONAJES:

LORENZA.—Provinciana de 21 años de edad. Casada con Fernando. La resignación es principal distintivo de su carácter.

FERNANDO.—Aristócrata moderno, envejecido á los 32 años de edad. Su carácter es de eterno aburrimiento, y como consecuencia sufre de aprensión por la tisis que teme en sus gastados pulmones.

DANIEL. — Joven doctor en Medicina, de 27 años de edad. Antiguo

compañero de Fernando, y hoy su amigo. Apenas si tiene carácter que pueda definirse: luchando por el estudio de los cuerpos llegó casi á perder la noción de las almas.

*

En Madrid, y en nuestros días.

*

Gabinete de trabajo. — Mobiliario inglés, imitación del siglo XVIII y estilo «Adam» (el famoso decorador que, siendo arquitecto, tapicero y ebanista, supo crear un género especial en el arte mobiliario). Mesa baja, ancha, con grandes cajones; y sillón amplio y cómodo: ambos muebles colocados cerca de un balcón, recibiendo la luz de izquierda á derecha. Pocos cortinones ó colgaduras que dificulten el paso del aire. Alfombrado sencillo, de *linoleum*. Chimenea, y, cerca de ella, una mesita con las revistas y periódicos del día; cómodas butacas tapizadas, y la mesa de fumar. Sobre la chimenea algunos

bronces. En las paredes, pinturas, retratos, armas y otros objetos artísticos. Algunas sillas y pequeñas bibliotecas completan el despacho.—La acción comienza poco antes del atardecer de un día de otoño.





I

LORENZA Y DANIEL.

D.—(*A Lorenza que se encuentra junto á él, y ambos cerca del balcón. Ella, que viste sencilla bata, tiene sobre las rodillas un bastidor con un pañuelo de encaje á medio bordar.*) Conque... descansa?

L.—(*Prosiguiendo la conversación que con Daniel sostiene.*) Volvió al amanecer, y en la cama está; no quise despertarle. (*Resignada como siempre.*) Lleva tres noches sin venir por aquí.

D.—¿De qué le habrá servido Panticosa? ¡Pobre Fernando! Vuelve mal repuesto de la vida que le falta, y la derrocha... La derrocha, cuando su organismo comienza á desmoronarse... Ese cuerpo, carcomido por su vicioso gozar, no es más que un viejo monumento de carne agrietada amenazando caer...

L.—(*Con sincera tristeza*) Y caerá. (*Entre dientes.*) Caerá pronto. (*Pausa.*) Usted, Daniel, no sabe cómo Fernando vive: yo tampoco. Dolorido del pecho marchó á Panticosa, y vuelve, ¡infeliz!, creyendo en fuerzas que ha perdido por natural desgaste.

D.—El lo quiere.

L.—Pero sin comprenderlo. Su espíritu aprensivo quizá le salvaría. Le gusta vivir.

D.—Vivir, sí; pero no con V., en

su casita, gozando la tranquilidad del maridaje honrado. (*Sintiéndolo.*) Yo pensé que el matrimonio le regeneraría.

L.—Fernando no dejó de ser soltero. Y no crea V. que le hago la vida insoportable; pero se aburre conmigo, ¡le aburro! Claro, él pensó en casarse y olvidó á la mujer. Para él no fui más que la compañera de su noche de bodas. Todo esto es muy triste, tan triste como mi resignación: no me quejo, no me oyó quejar... ¿Para qué? El es EL AMO.

D.—¡El amo! Injusticia grande encierra esa palabra: el amo para serlo ha de pagar, y pagar según fuera el trabajo; el oro con oro, el cariño...

L.—(*Interrumpiéndole con resignado ademán.*) No cobro.

D. — (*Bromeando por animarla.*)

Pues, ¡en huelga!: es un derecho.

L.—La mujer no tiene derechos. Al hombre no le reprocha el mundo ciertas maldades conyugales; y en la mujer la más debil sombra del mismo delito, ¡la condena para siempre!

D.—Por eso ni las madres, aún con serlo, son sagradas; que la madre sin esposo paga su pecado, y el mundo no pregunta si pecó por vicio ó por engaño... Mientras la madre OFICIAL puede ser impura, y por madre se la absuelve.

L.—¿Qué hacer yo? Allá, en el pueblo, vejetando entre las cuatro paredes señoriales de mis nobles antepasados, soñé con un mundo distinto, opuesto al que conocía; mundo ideal de goces y venturas. Mis padres, con sus rancios pergaminos, pero buenos y honrados como

los que más, pretendieron unir su nobleza provinciana á la nobleza de la Corte..... Mi tío Nicolás les repetía: «Es menester asegurar cuanto antes la perpetuación de la raza...» Como si se tratase de animales.

D.—¡La perpetuación de la raza, eh? Esta sociedad moderna, conservando antiguas reminiscencias, es soberanamente ridícula: en secreto, amasa sus proyectos; dispone de corazones libres, esclavizándolos; pisotea voluntades...

L.—Eso pensé yo, mientras mi tío decía: «Tendrás más libertad, que libres son las casadas cuando quieren serlo; no sufrirá tu corazón esclavitud, que el cariño no es esclavo...»

D.—Basta; su tío Nicolás bien merece la perpetuación de su raza.

L.—Pues no exageraré... Y no sé

cómo conocí á Fernando: creo que en Zaragoza, en una fiesta. Días después, mis padres me hablaban de casarme. Ellos lo arreglaron todo. «Bueno, me casaré», les dije. «¿Y el novio?» — «El novio es Fernando Alcolea». — «No le conozco». — «Sí, tonta; el marqués de Utiel. Aquel muchacho que te presentamos en los Juegos florales...» Traté de recordar, pero no pude; mis conocidos no dejaron huella. (*Pausa.*) Más tarde, Fernando, que nos visitaba, mintiendo amores me pidió, ¡y al templo! Allí juramos... lo que sin duda olvida.

D. — (*Disculpándole.*) Seres hay que ciegos nacen. El, habituado á las ALMAS GALANTES, no comprende gerarquías; le pasa lo que al falsificador de monedas: que aprecia sólo las malas PORQUE SON LAS SUYAS.

L.—¿Sería honrado que yo las imitara?

D.—No, Lorenza; el matrimonio no es la danza de la carne. Perdone V. á Fernando, como yo le perdono... por usted. *(Con melancólico acento, sin exagerar.)* ¿De qué me serviría reñir con él? Desde que murió mi madre estoy sólo, sólo con mis alegrías y mis tristezas... Necesitaba un amigo que estuviera SÓLO TAMBIÉN, y me encontré con V.: V. y yo vivimos con el consuelo de nuestras amarguras. ¿Quién no las tiene? Con Fernando fui de niño compañero, y hoy su doctor, Á SECAS. Dedicado á la Medicina, luché tanto por el estudio de los cuerpos que casi perdí la noción de las almas. La mía se atrofiaba... y V. la despertó; V., pobre niña, que como yo soñara con un mundo

que no existe.... Ambos, hijos del pueblo, ajenos al MUNDANAL RUIDO, recordamos con nostalgia el terruño... Y en nuestra tierra un arroyo que la besa, y un sauce que la llora...

L.—(*Entusiasmada también con sus recuerdos.*) Sí, sí; y una casita perdida en el bosque, como enorme seta de gigantesca especie... ¿Verdad? Y en los árboles, cortaduras que recuerdan fechas, ¡nuestras fechas, nuestros nombres...!

D.—(*Riendo ante el entusiasmo de Lorenza, que es el suyo propio.*) ¿Sabe V. que vamos resultando románticos poetas? ¡La poesía de las almas vulgares! Bueno, esto de vulgares lo dije por mí...

L.—(*Casi á carcajadas.*) Por los dos, por los dos... (*Transición brusca.*) Pero más bajito, que Fernando... (*Con miedo.*) Sí,

parece que se despertó... Y vendrá... (*Levantándose sobresaltada.*) Viene, viene... ¡Verá usted cómo me regaña por que le dejé dormir!

D.—(*Levantándose también, y siguiendo á Lorenza que se acerca al cuarto de Fernando.*) ¿Regañarla?

L.—Es muy brusco. (*Arrepintiéndose.*) Pero no, no es malo... (*Rehuyendo la temerosa presencia de su marido.*) Disculpeme V... Volveré enseguida... Enseguidita... (*Y desaparece, ligeramente agitada.*)





II

DANIEL Y FERNANDO.

F.—(*Que aparece en la puerta de su alcoba, concluyéndose de vestir, segundos después de retirarse Lorenza.*) ¡Tú!...¡Daniel!... ¿Con quién charlabas?

D.—(*Tendiéndole una mano, que Fernando estrecha con indiferencia casi.*) Con Lorenza: acabo de llegar, y me dijo que esperase; que estabas descansando...

F.—(*Con eterno tonillo de aburri-*

miento.) Sí, descansando. ¿Y ella?

D.—Salió un momento. Como soy de confianza... Y qué tal? ¿Qué tal te encuentras?

F.— (*Encojiéndose de hombros.*) Bien.

D.—¿Te probó Panticosa? Muy sano.

F.—Aburrido.

D.—Bah, lo sería para tí.

F.— (*Sin convicción.*) Con ganas he vuelto. Y no creas, me desquité. (*Daniel hace un gesto de desagrado.*) Sufro las consecuencias; pero, chico, si tarde ó temprano he de... volar...

D.—Eres un aprensivo, á quien no comprendo. Sabes que te estás matando, y sigues.

F.—Mi mal, señor doctor, no está en el pecho sino en la cabeza: perdí la voluntad. (*Pausa.*) En casa me aburro: ¡no puedo olvidar que fuí soltero!

D.--(*Pesaroso.*) Ofendes á Lorenza.

F. — (*Volviéndose á encojer de hombros.*) Y sin embargo la quiero. No, no te rías... La quiero á mi manera. Después de mis ausencias, cuando dolorido regreso en busca del reposo, me consuela ver que una mujer que es mía, ¡mía sólo!, se desvive por mí. (*Bajando la voz.*) Seré un hombre raro; pero, créeme, llego con Lorenza hasta los celos.

D.—Y olvidas que Lorenza, despreciada por tí, con voluntad tan libre como el pensamiento, puede también despreciarte... y deshonorarte.

F.—(*Con calma.*) La mataría.

D.—Después de haberte deshonrado. (*Pausa.*) Evita la deshonra, con el respeto que Lorenza se merece.

F.—¿Hablas en serio, moralista amigo?

D.—Porque soy tu amigo hablo lo que hablo.

F.—Porque lo eres consiento lo que dices.

D.—Me dais lástima: tú más que Lorenza. Estás enfermo.

F.—(*Poniéndose pensativo.*) Lo sé; muy enfermo. Y mi padre murió tísico.

D.—(*Alejando su alarma.*) Tu padre se encontraba sano cuando tú naciste.

F.—(*Dejándose caer en una butaca.*) ¡Gérmenes malditos no me faltan!

D.—Calla loco. Si gérmenes de muerte vivieran en tu pecho, sólo tú les habrías dado vida por gozar desenfrenado. (*Viéndole abatido.*) Pero, ¿qué es eso? ¿Aprensión ahora? ¿Ya vino el susto? Notanto, hombre, no tanto. No te creas incurable. Remedio tienes; pero remedio enérgico... y en casa.

F.—¡En casa!

D.—Sí, hombre, sí; con tu mujer, con tu Lorenza..¡Pobre Lorenza!

F.—(*Casi entre dientes.*) Pero me querrá Lorenza? ¡Si me quisiera, Daniel, si me quisiera...!
(*Pausa, y como haciendo esfuerzos por la confesión.*)

Aunque derrocho la vida con falso alardear de una fuerza que no tengo, en mis soledades siento que el mal por los pulmones avanza, y avanza muy deprisa... (*Poco menos que avergonzado.*) Sí, necesito á Lorenza; ¡pero que me quiera!

D.—Te quiere.

F.—Lo dices tú, Daniel, mi amigo... (*Con sarcasmo.*) Ese de quien hasta se murmura...

D. — (*Interrumpiéndole brusco.*)
¡¡¡Calla!!!

F. — (*Otra vez encojiéndose de hombros.*) ¡Si sé que es mentira!; pero lo dijeron.

D.—(*Con desprecio.*) ¿A tí?

F.— También. Otro AMIGO que con mucho misterio, diciendo que lo dudaba, me reprochó mi conducta y me acusó de cuanto Lorenza ultrajada pudiese hacer... Por su duda le di un bofetón, ¡y firmamos un acta! Desde entonces aborrezco á los amigos íntimos... (*Daniel se levanta con ímpetu.*) Menos á tí, que me quieres. (*Haciendo un ademán para que no hable.*) ¡Sé que me quieres! Siéntate: hoy comes con nosotros.





III

DANIEL, FERNANDO Y LORENZA.

L. — (*Poco menos que desde la puerta, á su marido con natural timidez.*) ¿Has descansado?

F.—(*Con cariño, á que su mujer no está acostumbrada.*) Sí, Lorenza; gracias á tí.

L.—(*Sorprendida.*) ¿Y comerás en casa?

D.—Conmigo.

L.—(*Sintiéndolo.*) ¿Se le lleva usted?

F.—No, soy yo que me le traigo: comeremos los tres.

L.—(*Resistiéndose á creerlo.*) ¿Pero es de veras...?

F.—¿Por qué no?

D.—Pues con vuestro permiso quisiera lavarme y cepillarme. Pasé la tarde en el Hospital... (*A Fernando.*) Oye, mientras tanto podeis charlar libremente.

F.—¡Hombre, por tí...!

D.—(*A Lorenza, por su marido.*) Tiene muchas cosas que contar.

L.—(*Sonriendo.*) ¿Al fin?

F.—(*Señalando hacia su cuarto, y sonriendo también.*) Encontrarás de todo.

D.—(*Por Lorenza.*) Todo se queda contigo. (*Sale.*)





IV

LORENZA Y FERNANDO.

L.—(*Después de unos momentos de silencio.*) Tú dirás.

F. — Lorenza... Lorenza, estoy enfermo, muy enfermo...

L. — (*Cojiéndole las manos cariñosamente.*) No, Fernando, no; pero, ¡cuídate!

F. — (*Mascullando la palabra.*) ¡Cuídate! (*Transición.*) ¿Por qué no dices «sé bueno», si esto fué lo que pensaste? ¡Cuídate! ¿Pero es que no te irrita mi conducta? ¿Por qué te callas?

¿No comprendes que yo merezco algo más que tu resignación?

L.—(*Siempre temerosa.*) ¿A qué me atormentas? Si sabes que sufro, ¿por qué no lo evitas?

F.—(*Con su natural encojimiento de hombros.*) ¡Evitarlo! Tú recuerdas nuestra boda: nos casamos como se casan muchos: sin conocernos. Y dos seres QUE NO SE CONOCEN, ¿cómo pueden ser felices, si el matrimonio se convierte en su condena?

L.—Condena justísima, que así pagamos nuestra culpa. ¿Quién nos obligó á casarnos?

F.— Lo hicimos por nuestra propia voluntad. Ni tú ni yo hemos resistido. Las distintas esferas de nuestra vida, buscando un solo centro, se descentraron... y caen, se apartan, ruedan..... Van opuestas en

busca de sus centros... ¿Cómo detenerlas y juntarlas?

L.—Es inutil, inutil..... No congeniamos. Tú sigues tu camino de soltero, ¡y me dejas sola!

F.—(*Con verdad.*) Eso pasó. No estarás sola; no quiero que lo estés. Desde hoy, en casa. Tú lo dijiste: «cúdate». Necesito que me cuides, que me perdones... y que me quieras.

L.—(*Gozosa como nunca.*) Nos querremos, ¿verdad? Nos querremos mucho... ¡A ver quién de los dos quiere más!

F.—(*Sonriendo satisfecho, quizá por vez primera en su vida.*) Yo.

L.—No, no; yo.

F.—Bueno; LOS DOS MÁS. Así sobraré cariño, y podremos darlo á los extraños...

L.—A los extraños, no; á los nuestros. Pero lejos de Madrid, ¿eh? Nos vamos al campo, en cuanto llegue la primavera.

¡Verás que bien estaremos en nuestra casita blanca, en aquella casita llena de flores, donde fuimos novios! Volvemos á ser novios. ¡Casi no lo fuimos!

F.—Sí, sí; Madrid mata. Su vida me ahoga... Iremos al campo, á tu casita de flores, donde al fin gozaremos sólo...

L.—(*Interrumpiéndole con alegre rubor.*) No, no; ¡SÓLOS NO...!

F.—Pero... (*Comprendiendo, gozoso.*) ¿No estaremos sólo?

L.—Si Dios quiere...

F.—¿Por qué no me dijiste...?

L.—¡Si nunca estás conmigo!

F.—Lo estaré, chiquilla, lo estaré. Pero, dime, ¿es cierto? (*Con sincera explosión de entusiasmo.*) ¿Darás tu vida á un ser que llevará mi sangre? (*Interrumpiéndose ahogado por un grito de terror que del fondo del alma se le escapa.*) ¡¡¡Mi

sangre!!! (*Se lleva las manos á la frente, como si quisiera arrancarse la idea que fulguró, y repite en voz baja con obstinación de loco:*) Mi sangre... mi sangre... mi sangre...

L. — (*Asustada, pero sin comprender.*) ¡Fernando!

F. — (*Cayendo en la butaca.*) Nada, nada, ni una palabra... Silencio de muerte... (*Sufriendo fuerte crisis nerviosa, y con voz apenas perceptible.*) Mi sangre... mi sangre... Nacerá con mi sangre... ¡Le maté yo mismo!

L. — Pero, Fernando, por Dios, ¿qué dices? ¿Qué piensas? ¿Por qué lloras? ¡Y no lloras de alegría!

F. — Calla, calla...

L. — Pero, ¿qué tienes?

F. — (*Dominándose un momento.*) Nada, no te asustes; los nervios. Ya pasó..... (*Sollozando.*) ¡Gérmenes malditos!

L.—Cálmate, Fernando; no te aflijas. ¿Por qué te aflijas? ¿Quieres que yo misma te dé una taza de tila? ¿Sí, verdad?

F.—Sí, sí; lo que quieras... Pero más tarde... Ahora solo te pido que me dejes sólo... ¡Déjame!

L. — (*Saliendo anonadada, sin comprender aún.*) Bueno; verás, verás que bien te sienta... Yo misma... ¡No llores!





V

FERNANDO Y DANIEL.

- F.—(*Paseándose agitado, al quedarse sólo.*) Nacerá con mi sangre; ¡nacerá condenado á muerte...! Porque yo estoy enfermo, enfermo sin remedio... (*Palpándose.*) Mis mejillas se hunden, mis manos se transparentan, mis pulmones se deshacen... (*Acercándose á la puerta de su cuarto, y llamando con voz reconcentrada.*) ¡Daniel!
- D.—(*Entrando sonriente.*) Qué, ¿la conquistaste?

F.—(*Sarcástico.*) ¡Con mi sangre!

D.—(*Ignorando la tragedia que vive en el cerebro de Fernando.*)

¿Pero sabes lo que dices?

F.—¿Si lo sé? Contesta: un padre tísico, ¿engendrará tísicos sus hijos? Pues yo, por gozar, decreté la muerte de los míos para después de que puedan maldecirme.

D.—¡Pero, Fernando...!

F.—Calla, para que me escuches. (*Con voz baja y reposada.*) Yo, como todos los hombres, gocé por vicio, que en la alcoba conyugal también se olvida lo que puede nacer... Y si tengo un hijo, un hijo con mi propia sangre, que es sangre envenenada, el hijo maldecirá á su padre!!!

D.—(*Sorprendido por momentos.*)
¿Hijos tú...? ¿Lorenza acaso...?

F.—Lorenza, si. ¿Por qué lo dudas?

D.—Bah, tú sueñas, deliras...

F.—¿Soñar? ¡Así soñase! ¿Delirio?

¡Delirio de loco que mira entre sus manos la sangre invisible de inconsciente crimen!

D.—(*No sabiendo qué contestar.*)

¡Crímenes! ¡Pero si tú...!

F.—¿¡Dudas también...?!

D.—Tú, sin vida para tí, ¡piensas que la tuviste para derrocharla en hijos!

F.—Hijos que no pidieron venir al mundo, y á quienes traemos para que vivan sufriendo y mueran gritando «¡maldito!» por su padre.

D.—Pero si Lorenza...

F.—Con la primavera aguarda la bendición de Dios. ¡Ya ves tú qué sarcasmo! La doy un hijo para que le adore, y cuando su madre sea capaz de arrancarse la vida por él, la muerte, cumpliendo mi decreto, se le lleva... Caerá, como yo, cuando las hojas caigan.

D.—(*Pensativo.*) ¡Y empiezan á caer!

F.—(*Después de unos momentos de silencio, vuelve á pasearse nervioso, luchando con ideas que le obsesionan.*) No, no; si tú lo dijiste!: no tengo vida para mí; ¿cómo tenerla para un hijo? ¡Un hijo con mi sangre! Y si no tiene mi sangre... (*Ahogando otro grito.*) ¡Ah! (*Transición.*) Pero, imposible; mi mujer es honrada, lo fué siempre...

D.—Todos somos honrados hasta que dejamos de serlo. (*Deteniendo el brazo de Fernando, que se alzó amenazante.*) No me quise referir á la honradez de Lorenza: también los hombres tenemos HONOR CONYUGAL, que tú perdiste.

F.—Es que... si lo dijiste por ella... ¡recuerda que el mundo murmuró...!

D. — ¡Imbecil! Por dudar de

Lorenza, bien mereces que tu sangre te remuerda.

F.—(*Trájicamente asustado por las palabras de Daniel.*) ¡No! ¡No! ¡Mi sangre, no! (*Y sin darse cuenta de su pensamiento, murmura excitado, como única solución.*) ¡Si porque no fuera mi sangre...!

D.—(*Tapándole la boca, y haciéndole caer en la bataca, por el manotazo.*) ¡Calla! Lorenza viene. (*Anocheció: la sombra les envuelve.*)





VI

LOS TRES.

L.—(*Entrando con una taza de tila, que deja sobre la mesita de fumar, y acercándose á Fernando, con mimosidades de niña.*) ¿La tomarás? ¿Quieres luz?

F.—(*Agoviado por el peso de las ideas que le torturan.*) No, no quiero nada. ¿Para qué?

L.—Estas sombras...

F.—Las prefiero á la luz: creo, como el poeta, que en la oscuridad resurgen luminosas las conciencias.

L.—Pero la tila...

F.—No, no, no.

L.—(*Suplicándole que interceda: con voz doliente.*) ¡Daniel!

F.—(*Encojiéndose de hombros.*) Sí, Daniel. ¡Como si Daniel pudiese...! (*Con sonrisa enigmática de loco.*) Pudo.

L.—(*Ingénua.*) ¿Ya no puede...?

F.—(*Con triste verdad.*) Es tarde: siempre es tarde cuando se espera. (*Volviendo á caer en la butaca, y sollozando.*) ¡Dios mío, qué horrible!... ¡Dios mío!...

L.—(*Justamente alarmada, abrazándose á Fernando que la estrecha también.*) ¿Pero qué te pasa? ¿Por qué lloraste? ¿Por qué lloras? ¡Yo no comprendo...! ¿Te encuentras peor?

F.—(*Estrechándola aún más.*) No, no; es inútil que comprendas.

L.—(*Suplicante, en busca de un motivo.*) ¡Pero Daniel!

F.—¿Otra vez á Daniel? Busca,

busca; yo también le busco..... Le busco por mi loca imaginación, le busco entre las sombras que entenebrecen mi cerebro, le busco, le busco... ¡y no quiere responder! (*Habla con voz doliente, lejana, como si el sonido brotase de un pecho moribundo y se apagara brotando. Los tres forman dramático grupo: el marido, que agoniza moralmente, abraza á su mujer; ésta, doblando una rodilla, hunde su cabeza entre las manos por no escuchar... El amigo, en pie, separado de Lorenza por Fernando, presencia impasible la tan extraña escena.*) Oye, Lorenza, y oye tú, Daniel: ahora que estamos solos, sin que el mundo hipócrita y malvado nos escuche, quiero decirnos lo que sufro...

D.—(*Violento.*) ¿Para qué?

F.—¿No te importa?

L. — (*Disculpándole.*) Eres su amigo, y también te quiere.

F. — ¡«TAMBIÉN te quiere»! ¿Por qué me dices «también te quiere»? Eso, bueno que lo dijera el mundo, el mundo que murmura, ¡el mundo que dijo de nosotros...!

D. — (*Amenazante.*) ¡Fernando!

F. — (*Como si se complaciese con la calumnia.*) ¡Pero si lo dijo! «Ahí van LOS TRES» ¡Los tres! El eterno triunvirato de la vida...

L. — (*Sinceramente indignada, y luchando por no estallar en sollozos.*) Tú sólo naciste para ofender.

F. — (*No inmutándose por las palabras de Lorenza.*) Para ofender, ¡y matar! (*Ante los distintos movimientos repulsivos de Lorenza y Daniel.*) Pero no, á vosotros no. ¿Por qué? Matar, sí; al inocente: al que no pudo

ni aún pensar en la culpa... ¡Se mata al hijo que nacerá!: yo le mato.

L.—(*Comprendiendo, al fin.*) ¡Ah! (*Y abarcando en un instante toda la horrible verdad, apenas si encuentra fuerzas con que decirle:*) Fernando, ¡que soy su madre!

F.—¿Acaso pensaste ni quisiste serlo cuando, por gozar, diste vida al gérmen que alienta en tus entrañas?

D.—(*Con dureza á Fernando.*) Respeta á la madre, ¡sin preguntarla por qué lo será!

F.—A la madre, bueno; pero ¿y al padre? (*Ante la duda que encierran las veladas palabras de Fernando, ella intenta levantarse, y él la sujeta con fuerza.*) No, no huyas; huyen los que matan, los que roban...

L.—(*Desesperada.*) ¡Daniel!

F.—(*A Daniel que se acerca brusco*

y exaltado.) ¡Quieto! (*Transición. A Lorenza. Con siniestra calma.*) Si soy su padre, ¡yo maté! ¿Comprendes? Pero no me culpeis á mí. Como yo son muchos los malditos... ¡La culpa es de la Ley! Esa Ley, eclesiástica y civil, que permite el maridaje de los enfermos, aun cuando lo sean por herencia... ¡Ley que por dinero vende las dispensas para los parientes, como si la afinidad de sangre quedara disuelta en el metal!

L.—¡Fernando, Fernando, calla!

F.—No, ¡si la culpa no es mía! Y si no soy padre...

L.—(*Haciendo un vigoroso esfuerzo, y consiguiendo levantarse, pero sin desprenderse de Fernando que la retiene abrazada.*) ¡Basta!

D.—(*Adelantando un paso hacia ella.*) ¡¡Basta, sí!!

F.—(*Con obligada dignidad, sin*

dejar de aferrarse á la esperanza que le sostiene.) ¿¡Tienes derecho...?!

D.—(*Enérgico y buscando el fin de la escena.*) ¡¡¡Sí, le tengo!!!

L.—(*Que no puede resistir más, martirizada por el dolor, se abraza llorando á su marido, resignada á que Fernando dude con tal de que viva sin remordimiento las horas que le faltan...)*
Fernando... Fernando...

F.—(*Creendo, porque con toda el alma lo desea, que el llanto de su mujer empaña una confesión, no puede menos de mostrarse satisfecho con amarga sonrisa de triunfo que le cuesta una honra.*)
¡Ah! ¿¡Luego era cierto...?!?

D.—(*Sorprendido ante tal desenlace.*) ¿Eh? ¿Qué dices? ¿Qué dijiste...?

F.—(*Abrazando fuertemente á su mujer: con delirio supremo.*)
Moriré pronto, muy pronto;

pero moriré tranquilo. Sí, Daniel; ahora es mía, ¡mía sólo! Después, ¡qué importa! Tú aliviarás su luto, y el del ser inocente que llorará á su padre sin maldecir su memoria... Sí, Lorenza; mi sangre envenenada queda en mí. ¡Perdóname, y guárdame en tus brazos! (*A Daniel, sin rencor.*) Y tú, vete; luego, después, cuando yo muera, la buscas... (*Con su último resto de dignidad.*) Ahora, ¡vete!...

TELÓN.





CÓMO MUEREN LAS VÍRGENES.



Pura: ¿fuiste feliz *aquella* noche?

.....

Noche extraña para la mujercita que por vez primera se asomaba al mundo en que se viven los sueños y al vivir se muere.

Se muere, sí; que almitas hay tan sensibles, divinas quizá de ser poco humanizables, que al aletear en este mundo de impureza se queman las alas...

Y mariposa sin alas es mariposa caída.

Pura, crisálida en conventual colegio de moralidad sin tacha, rompió el capullito de su clausura y nació á la vida, y, al nacer, la sombra se hizo luz.

Pero la luz, que es hermosa cuando de lejos se la vé brillar, ciega de cerca, y si la palpamos quema.

La luz es imán: la luz llama con la persuasiva voz de las sirenas.

Y á las mariposas, y más si son recién nacidas, las atrae la luz.

Cuando Pura abandonó el colegio, hubo que pensar en presentarla al mundo.

El mundo es impuro: por lo menos tal es para los ángeles.

¿Por qué? Porque en el mundo se ama, y amar es gozar.

Sin embargo, los mundanos somos pudorosos y nos resguardamos tras la elástica valla de las conveniencias sociales.

Estas conveniencias debieran llamarse inconveniencias; pero entónces dejarían de serlo: por eso lo son.

Tales conveniencias consienten y aún apadrinan lo que moralmente no debieran consentir ni apadrinar.

Los bailes son hijos de las conveniencias: hijos legítimos los aristócratas, y bastardos los populares.

Dato curioso: los legítimos son peor que los bastardos.

Estos no se presentan como aquellos con trajes de enervante seda, desnudos brazos y provocativos descotes...

Pura *vino al mundo* en un baile aristócrata.

Vestía con graciosa elegancia, aún más graciosa cuanto más llamativa.

El seno de la virgen fué de los ojos del mundo.

Y cien brazos estrecharon aquel talle, con frenética locura, en el vertiginoso girar de las danzas...

Labios espumosos balbucearon fuego en sus oídos castos...

Ojos de lujuria recorrieron las líneas de aquel cuerpo...

La niña, ya mujer, sintió encendidas sus mejillas, sudorosa su frente, y saltón su pecho.

Respiró Pura aquel ambiente, y en el ambiente se empañó su nombre.

.....
Aquella noche se acostó febril: soñó mucho y gustó del sueño.

Al despertar buscó anhelosa un espejillo.

Y se miró en él.





Camino del convento.



Despacio, muy despacio, comenzó á deslizarse el tren por los carriles, dejando atrás la estación envuelta en las primeras sombras de la noche.

Insensiblemente adquirió velocidad y, poco después, en la oscura lejanía, destacábase el tren culebreando majestuoso hasta internarse en un tunel, como reptil que busca asilo en las negras entrañas de la sierra.

Cuando volvimos á la luz, luz mortecina apenas difusa, pude examinar cómoda y disimuladamente á mis compañeros de viaje,

hundidos, como yo, en la penumbra de un modesto departamento de segunda clase, al que remedaba alumbrar aceitosa y mortuoria lamparilla.

Frente á mí, en el rincón opuesto, sentábase una joven enlutada de blanca tez y negros cabellos, tan negros que se confundían con su negra toca.

Era su rostro el de una virgen, pero en sus pupilas azules brillaba una luz lejana con destellos de pasión.

Sus manitas de jazmín cruzábanse inconscientes, cual si hubieran nacido para rezartan solo...

Tez y manos blanquecinas, que semejaban menudos copos de nieve resbalando en un girón de sombra...

Frente á la enlutada, otra mancha negra hacía aún más débil su envolvente penumbra: era un sacerdote.

Si me hubiera sido posible, analizar su alma, quizás habría visto la de un niño, siempre inocente, con profundo terror por lo mundano... ¡Lo mundano!

Para aquel viejecito, de mirar ascético, lo mundano, lo terreno, era solo miseria, podredumbre...

Fuera preciso levantar la vista, levantarla muy alto: allá, donde aquellos luceros que brillan en lo azul; no, más allá: más allá...

¿Qué habría más allá?

Y el angel-mujer, cual si leyera en la rugosa frente del anciano, miraba al cielo... donde parpadean las estrellas...

El sacerdote, leyendo y releendo en su libro de rezos, cerró sus ojos de niño.

Primero meditó; después, dormía.

La joven miraba siempre al al cielo, tal vez buscando en él lo que en la tierra no había de encontrar.

Yo también miraba al cielo: la miraba á ella.

Pasaron minutos, pasaron horas.

Una bocanada de airecillo fresco estremeció á la joven.

Cerré las ventanillas.

—Muchas gracias — murmuró con voz suave, casi imperceptible, como si temiera que la escuchara el viejo.

Y el viejo la oyó: sus ojines, mal abiertos por el sueño, fijáronse en los míos con mirada indefinible, y sus labios pálidos sellaron mi silencio con frase que revelaba un caracter.

—Me la llevo á un convento.

A punto estuve de reir, ante la cómica ingenuidad del cura.

La niña bajó los ojos ruborosa.

El tren se detuvo.

—Gracias á Dios que llegamos. ¡Buen viaje! — masculló el viejo.

Y cojiendo su maletín empujó á la joven, como queriendo apar-

tarla cuanto antes de mi pobre persona: sin duda, la juventud mundana le pareció contagiosa.

—Buen viaje...

No muy lejos de aquella estación, divisábase el pueblo, cuyo nombre no hace al caso; y domiéndole, un caserón de enrejados ventanales, con apariencias de cárcel: era el convento.

Por una veredita estrecha y tortuosa, que blanqueaba á la luz de la luna como espumosa estela en un mar verdoso, marchaban el viejo y la niña.

El, con la cabeza erguida, mirando al cielo: ella, con la cabeza inclinada al corazón...

Y el tren volvió á emprender su marcha.

Por largo rato, álla, en la lejanía, creí divisar una mano de jazmin que enjugaba lágrimas....



Obras del mismo autor.



NOVELAS.

Pasión de amor.

Los héroes.

Noche de bodas.

DE TEATRO.

La Monteverde. — Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

Muñeca. — Comedia en un acto y en prosa, original.

La procesada. — Juguete cómico en un acto y en prosa, original.

La ola negra. — Drama en dos actos, en prosa, original.

On parle français. — Vaudeville en un acto y en prosa, escrito sobre el pensamiento de una obra del literato francés Tristán Bernard.



Esta obra es propiedad del autor.

